



¡PATRIA!

I

SEÑORES: Todos dicen que nuestra patria camina á la retaguardia de la civilización. No lo creáis. España está destinada á ponerse á la cabeza del mundo. En su privilegiado suelo, bajo ese hermoso horizonte que sonríe como un  ngel de paz, debe ensayar las grandes ideas que más tarde han de realizarse en todos los pueblos de la tierra.  Qu n puede poner en duda este privilegio cuando Portugal nos tiende sus brazos, cuando estamos en el deber de rea-

lizar, no la unión de los partidos, sino la unión de los pueblos?

Hoy somos soldados de la libertad, y por consecuencia soldados de Dios. Los individuos ensayan en sus conciencias ideas que aplican á la humanidad. El sol, pues, el sol sujeto en otro tiempo á iluminar eternamente nuestro suelo, bendice hoy con sus rayos de oro la bandera de nuestra victoriosa revolución, que hace estremecer de gozo á los oprimidos. Somos la nación salvadora. Si no, tended los ojos conmigo por Europa. Inglaterra ha comerciado con la libertad; Francia, levantando á los pueblos de su postración, los ha vendido en el amargo día que más necesitaban de su espada; Alemania ¡parece imposible! Alemania, que ha pretendido la confederación universal de todos los pueblos, que ha elevado en alas de la libertad del pensamiento á todas las inteligencias á las últimas esferas de la filosofía; Alemania, patria de Schiller y de Hegel, es hoy esclava de Juliano el apóstata.

La democracia es antigua, muy antigua en nuestro suelo. Nuestros pueblos de la Edad Media entendían el derecho de petición me-

lor que lo entienden los liberales de nuestros días. ¿Sabéis dónde está nuestro porvenir? Nuestro porvenir está en África. Allá deben ir nuestros ejércitos permanentes á ganar sus grados.

No olvidéis que fuimos un día pueblo civilizador. Nosotros llevamos la civilización á la América. Verdad es que América fué ingrata; pero los pueblos tienen que ser ingratos con los pueblos, para ser agradecidos con la humanidad. Un día recorrió España á la sombra del Trono, el espacio que separa Covadonga de Granada; se alzó á lo infinito, y nuevos mundos le tributaron homenaje; pobló los mares con innumerables escuadras que merecieron tener por enemigo la cólera de Dios; que no otro pudiera vencer á la invencible. Levantó el Escorial, símbolo de nuestras instituciones, padrón de nuestras artes. ¿Pues por qué ahora con progresos más grandes no hemos de alcanzar días más felices?

.....
Señores, algún día irán nuestros hijos á registrar en las páginas de la Historia los colosales poderes que han vivido en apartados

siglos, y les causará el espanto y la admiración que á nosotros nos causan las pirámides de Egipto; y en su espanto no sabrán qué admirar más, si la inmensa grandeza de esos poderes ó la afrentosa esclavitud de sus progenitores. Señores: Pidamos que se realice la fraternidad de todos los hombres y la fraternidad entre todos los pueblos, porque todos nos encaminamos á una patria que es el cielo. Pidamos que se realice en todas sus aplicaciones la verdad cristiana; que la Justicia sea el sol de nuestras esferas sociales; que las clases menesterosas reciban el pan de la inteligencia, no del Estado, sino de la libertad de su trabajo.

El trabajo, señores, que es á la propiedad lo que el cincel de Fidias es al mármol, debe recibir de la justicia la debida recompensa.

En fin, señores, pidamos á Dios que Inglaterra sea verdaderamente aliada de la libertad; que Alemania, mente del mundo, nos revele nuevos misterios de la ciencia, nuevos secretos del arte; que Francia sacuda su letargo y vuelva á ser el tribuno de los pueblos; que Hungría y Polonia rasguen sus túnicas de esclavas, y que Italia, esa prodigio-

sa artista que regala con dulces armonías el sueño de sus señores, se levante herida de sus recuerdos y recoja del suelo la rota lanza de Bruto y Cincinato, porque con ideas tan grandes, y con tan denodados guerreros, el triunfo de la libertad será, sí, eterno.

(Del primer discurso político pronunciado el día 22 de Septiembre de 1854 en el teatro de Oriente, cuando sólo contaba veintidós años de edad.)



II

SI alguna vez tras larga ausencia apartados de la naturaleza en este blanqueado sepulcro que se llama corte, volvéis á vuestra patria, y esa patria es un valle, cuán hermosas no os parecerán las azules montañas, el límpido horizonte, las flores que embriagaron con su aroma el alma, el ruido de la fuente que acompañó con su blando susurrar la primera canción del primer amor, poesía del corazón, el árbol que os dió regalados frutos, y el campo esmaltado de mariposas que revoloteaban en los aires como las primeras ilusiones en la imaginación, la voz de la campana del santuario, á cuyo eco os postrabais en tierra, y poniendo los ojos en el cielo, sentíais desvanecerse los misteriosos velos que ocultan al Eterno,

conociendo la íntima armonía que existe entre Dios, la naturaleza y el hombre. Sin embargo, todo nos da hastío.

¡Cuán feliz es el que muere niño! No llega á saber que hay un día en que la patria nos cansa, y la inocencia nos abandona, y la felicidad nos deja huérfanos, y nos convertimos en esclavos de la ambición, y suspiramos por espacios vastísimos para correr en pos del engañoso fantasma de la gloria, que vestido de mil colores toma todo linaje de formas, sin tener otra realidad que la muerte; y afanosos por luz levantamos en la conciencia sólo sombras, y anhelantes de paz, arremolinamos en nuestro pecho tormentas, y después de largos combates llegamos al dintel de la muerte, desamparados del ángel de la fe, que nos cubriera un día bajo sus blancas alas, y cargados de dudas que nos abruma con su inmensa pesadumbre, cual si en castigo de nuestro desmesurado orgullo, nos fuera dado gustar tan solo el amargo calor del dolor.

(Del *Ernesto*, primera obra de Castelar, escrita cuando sólo contaba dieciséis años, y publicada el año de 1855, pág. 77.)



III

Si queréis, señores, para mi patria la suerte de Grecia, diosa un día, y después mísera esclava; la suerte de Roma, reina del mundo, que venturosa, tenía por diamantes de su corona los astros, por esmeralda de sus sandalias los mares, y vencida, no halló ni un asilo, ni un sepulcro; la suerte de la Italia de la Edad Media, musa de las artes, que entregó sus más ilustres hijos al destierro ó al cadalso; si queréis para mi patria una corona de espinas, como la que ciñe la desgraciada Polonia, una eterna cadena, como la que pesa sobre los hombros de Hungría, entregad la justicia, último refugio que á los desgraciados ofrece el mun-

do, entregadla en manos de los partidos; y en vez de daros refugio, os dará muerte.

(Del discurso pronunciado en defensa de «El León Español» el día 27 de Noviembre de 1855, ante el Jurado.)



IV

NADIE puede poner en duda que España es la nación más democrática de Europa, y que la institución democrática de España es el municipio, y que la fuerza del municipio fué su milicia. Atended á mi idea. ¿Qué es la Milicia Nacional? El pueblo armado, con esta ó la otra organización. ¿Y habéis parado vuestra atención á considerar los servicios del pueblo armado? En la Edad Media los ardorosos hijos del Sol, adoradores hijos de Alá, domeñaron el África, y atravesando el Estrecho, convirtieron, después de haber enrojecido con española sangre las aguas del Guadalete, nuestra patria en templo del Profeta, las hermosas ciudades en sultanas de sus serrallos, los floridos campos en mentido edén que les prome-

tia su esperanza, los altos montes en sepulcro de los cristianos; y embriagados con los vapores del festín de la victoria, durmiéronse al arrullo de nuestras auras; á la sombra de nuestros árboles, soñando, voluptuosamente desvanecidos por los perfumes de nuestra oriental naturaleza; y el pueblo, nuevo Viriato, empuñó su lanza, y turbó aquel dulce sueño, llevando á los conquistadores la muerte en la punta de su espada, ahuyentándolos con la sombra sólo de sus banderas municipales, y quebrantando con heroico esfuerzo y con sin par constancia las oprobiosas cadenas de la madre patria.

Díganlo las Navas, que vieron á las milicias de los concejos de Soria, de Medinaceli, de Toledo, de Cuenca y de otros innumerables pueblos, hundir la guerrera lanza en el pecho del árabe enemigo; díganlo Jaén y Córdoba, que presenciaron el ardimiento de esas valerosas legiones, cuyo esfuerzo quebrantó las cadenas de oro que las tenían cautivas y sujetas al carro del vencedor; dígalo el ángel de nuestras glorias, que cuenta á los siglos cómo este pueblo llevó á cabo, auxiliado de su fe, gigantescas empresas, re-

conquistando el patrio suelo, y cómo logró coronar con los rayos de oro del arte de sus hazañas en sus romances, siendo á un tiempo mismo, por valeroso, nuevo Aquiles, y por poeta, nuevo Homero.

(Del discurso pronunciado en defensa de «La Soberanía Nacional» ante el Jurado en el año de 1856.)

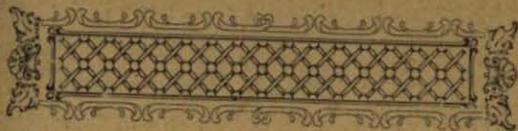


V

SEÑORES jurados: Cuando se comete un crimen no hay poder humano ni divino bastante á santificarlo. Una injusticia será siempre una injusticia aunque la consagren los sacerdotes, aunque la sancionen los reyes; porque la ley positiva no puede hacer nunca que sea moral lo inmoral. Por eso siempre la Historia, y con la Historia el sentimiento unánime de todos los pueblos, tendrá por justa la guerra de Polonia contra Rusia; de Hungría contra Alemania, como será siempre legítima y santa la heroica guerra de la Independencia española. ¿Por qué, pues, vais á condenar á un periódico? Porque defiende la independencia de las naciones, verdad cantada en el romancero español, gran iliada cuyo Homero

es el pueblo: verdad escrita con caracteres de indeleble sangre en Covadonga y en las Navas; verdad que como estrella sin ocaso resplandece siempre sobre las agujas góticas de las catedrales de Sevilla y Toledo; verdad que acariciaron nuestros esforzados padres, cuando sin darse punto de reposo buscaban entre los jardines orientales de la hermosa Andalucía, guiados por el lábaro de la fe, aquellos nidos de flores en que Virgilio puso sus elíseos y el arabe encontró sus edenes, y el cristiano viera hoy su paraíso si no lo buscara en el cielo; verdad que se levanta como eterno incienso del fondo de nuestros campos; que resuena como la voz de Dios en el sepulcro de nuestros mayores; verdad que es el sentimiento más vivo de nuestros corazones; verdad escrita en nuestra agradecida memoria, con símbolos que se llaman Viriato, Pelayo, el Cid, San Fernando; verdad que es la ley de nuestro Evangelio, el principio y el fin de nuestra Historia, el alma sagrada é inmortal de nuestra patria.

(Del discurso pronunciado ante el Jurado el día 20 de Mayo de 1856, en defensa del periódico *La Democracia*.)

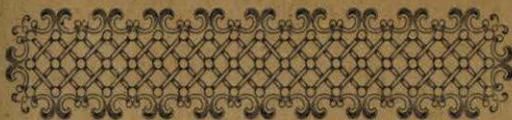


VI

CONFIESO, señores magistrados, haber cometido un dislate hablando de aquello que nos separa, mientras los objetos circunstantes me solicitan todos á decir algo de aquello que nos identifica. Permitidme que, venido de lejos, sin más título que un corazón, como los vuestros, leal y honrado; sin más móvil que un patriotismo puro y ardiente; al verme aquí, en Zaragoza, la ciudad santa, la ciudad bendita, la ciudad sin cuyos sacrificios acaso no tendríamos independencia, siendo la más hermosa nación de Occidente la Polonia del Mediodía; permitidme que, al pisar esta tierra cubierta con las cenizas de tantos héroes, al respirar este aire que ha llevado al seno de Dios las al-

mas de tantos mártires, salude á Zaragoza, como el hijo recién llegado al hogar saluda de rodillas á su madre, la venere y adore como la personificación de todo aquello que hemos adorado sobre la faz del planeta en la carrera y discurso de la vida, desde los templos hasta los sepulcros, y que olvidado de todo cuanto nos divide, os acerque á todos, acusador y acusado, jueces y reo, tribunal y público, en el sentimiento que á todos nos confunde sobre este suelo sacratísimo, en el amor sublime de la patria.

(Del discurso que pronunció en Zaragoza el año de 1858.)



VII

Y después de esto, el Sr. Malo resucitaba con su palabra los tiempos antiguos en su discurso de doctrina, porque el de esta noche ha sido un discurso de polémica, y pedía con grandes clamores aquellas épocas en que nuestros sabios se llamaban San Isidoro, Alfonso X, Nebrija, Arias Montano, el Broncense; en que nuestros escritores usaban la divina lengua de los Querellas, del Laberinto, del Quijote; en que nuestros poetas pulsaban la robusta lira de Lope, Rioja, Calderón; en que nuestros pintores arrebolaban los cuadros históricos de Velázquez, los penitentes de Rivera, los Cristos de Morales, las Vírgenes de Murillo; en que nuestros teólogos hablaban en el con-

cilio de Trento, y nuestros lectores enseñaban en la Universidad de París; en que nuestros navegantes atravesaban el cabo de las Tormentas, descubrían en Asia Filipinas, encontraban una nueva creación, premio de su arrojo, en el ignorado seno del Atlántico; en que nuestros soldados escribían con sangre de sus venas el gran poema que comienza en Covadonga y concluye en Granada, y oprimían contra su corazón á Nápoles, á Palermo, á Milán, y sostenían en el monte Tauro, en el Etna, en el Bósforo, con sus robustos brazos, el vacilante imperio bizantino, y cubrían con sus banderas sin rival el Mediterráneo, y enterraban la soberbia media luna en las hirvientes aguas de Lepanto, y vencían á Francia, y amenazaban á Inglaterra, y dominaban á Flandes, y extendían sus huestes por toda Alemania, y salvaban con sus aceros caballerescos toda la Hungría, y grababan la idea cristiana en la frente de África y América; aquellas épocas en que nuestro imperio era más inmenso que el imperio romano, y nuestras conquistas más fabulosas que las conquistas de Alejandro; aquellas épocas en que el mar era como una

alfombra arrojada á nuestras triunfales plantas, y el sol como un diamante engarzado en nuestra inmortal corona.

Me parece, señores, que he sido imparcialísimo al referir todos los fundamentos de la doctrina absolutista. Me permitirán, pues, que use de la misma imparcialidad al criticarla. Yo voy á decir muy pocas palabras.

Vuestro sentido religioso, al confundir la religión con la política, hace del santuario, asilo de todos los hombres, la fortaleza de un partido; vuestro criterio filosófico, si es sólo la fe, puede aniquilar la ciencia, que necesita también de la razón; vuestro criterio político, si es el derecho divino, anula al hombre, porque siempre que Dios se asienta en el trono de la soberanía temporal, el hombre se confunde en el polvo de los insectos; vuestra solución económica, si es la tasa, mata la libertad del crédito, la libertad del trabajo, la libertad de la propiedad, de que os declaráis defensores; vuestra solución social, si es la solución del convento, no será ciertamente el derecho al trabajo, no será el derecho á la asistencia; pero será el derecho á la ociosidad.

Y en verdad, podíamos concluir diciéndoles; vuestro sistema con sus mayorazgos, con su amortización, con sus señoríos, con sus alcabalas, con sus diezmos, con sus aduanas de provincia á provincia, de pueblo en pueblo, después de ser injusticia absoluta, es el empobrecimiento universal.

Y en verdad, señores, que yo busco ese absolutismo tan decantado en nuestra Historia, y no lo encuentro; sí, no lo encuentro en los primitivos tiempos, porque Indibil y Mandonio, Indortes é Isolacio eran jefes de tribu, jefes de familia; y Sagunto, que protestó contra Aníbal, y Numancia que protestó contra Escipión, eran ciudades democráticas; y un pastor el primer jefe de nuestra nacionalidad; y pobres campesinos aquellos astures que aterraban á Agripa y á Augusto, entonando cánticos de libertad desde la cima de sus montes, y se arrojaban al Océano por no arrastrar en extranjeras playas la vil cadena de esclavos; yo no veo el absolutismo en el imperio romano, porque lo que veo son colonias levantadas en el reino de la ciudad eterna, libres municipios levantados en las tradiciones del país; yo no veo el ab-

solutismo en tiempo de los godos, porque lo que veo es una aristocracia militar en Leovigildo y Chindasvinto, una aristocracia teocrática en Recaredo y en Egica; el pueblo haciéndose católico cuando sus señores son arrianos, é idólatra cuando sus señores son católicos; yo no veo el absolutismo desde Covadonga hasta León, porque lo que veo es un pueblo que busca un refugio en el universal naufragio, reyes levantados en el escudo de los soldados, esclavos recogiendo las rotas espadas de los godos, jueces que protegen bajo su manto las nacientes monarquías, condes que arrojan desde sus trotones de batalla claros fueros á sus pueblos; yo no veo el absolutismo desde León hasta Toledo, porque lo que veo es el nacimiento del municipio cristiano en 1020, fecha que todo buen español debe llevar aquí, en el pecho; la semilla de nuestro jurado, la transformación del Concilio en Cortes, la idea feudal penetrando por el Pirineo con Sancho de Navarra, y extendiéndose invasora como toda idea hija de su tiempo hasta los llanos de Castilla; no veo el absolutismo desde Toledo hasta las Navas, porque lo que veo es

nuestra legislación municipal florecer, nuestros Ayuntamientos robustecerse, nuestras Cortes reunirse al pie de Cuenca, nuestros ejércitos señoriales y feudales salvar la cristiandad en las Navas de Tolosa; yo no veo el absolutismo desde las Navas al Salado, porque lo que veo es la Universidad levantarse para educar en la libertad al estado llano, los jurisperitos forjar la unidad de la justicia, los siervos de la gleba dejar los eslabones de sus cadenas en los propios de los pueblos, el derecho romano surgir como un nuevo astro sobre el caos feudal de la Edad Media; yo no veo el absolutismo desde el Salado hasta Granada, porque lo que veo es D. Pedro el Cruel bañarse en sangre de la nobleza, la casa bastarda inaugurar una política señorial también bastarda, Juan I sellar nuestro movimiento político democrático, D. Alvaro de Luna recoger del polvo la autoridad herida de los reyes, la monarquía enflaquecida é impotente de D. Enrique IV, la gran revolución social concluída en la gran Isabel; yo no veo que fueran educados en el absolutismo aquellos soldados aragoneses que conquistaron á Nápoles y Sicilia y sos-

tuvieron á Atenas y Constantinopla, porque aquellos soldados habían sido educados á la sombra del privilegio general; ni que fueran hechuras del absolutismo los descubridores de América, porque todos habían visto nuestras Cortes, habían respirado gozosos el viento de nuestras libertades. Cuando veo las consecuencias del absolutismo es cuando veo nuestras escuadras anegadas en el mar, nuestros ejércitos rotos en los campos de batalla, la bandera morada de Castilla en el lodo, Lanuza en el cadalso, nuestras Cortes mudas, nuestros municipios destrozados, la amortización extendiéndose como una lepra por nuestros campos, el rey de dos mundos, el amo del Perú, convertido en un mendigo, yendo de puerta en puerta á pedir limosna; absolutismo extranjero, traído á este suelo por gente extraña; la misma que hoy atormenta á nuestra raza en Italia; absolutismo sostenido por familias extranjeras; absolutismo de que la nación se limpió cuando fué dueña de sí misma en 1812, y que si más tarde restauraron bayonetas extranjeras, fué para demostrar á todas las generaciones, para decir á todos los siglos siempre, que el

absolutismo ha sido y será un eterno extranjero en nuestra patria.

.....
 Señores, he concluido. Yo no querría que nos separásemos en distintas ideas, ó al menos en sentimientos enemigos. Todos cuantos han hablado en esta brillante controversia, han merecido bien de la ciencia. Unámonos nuestras inteligencias en unas mismas ideas, nuestros corazones en los mismos sentimientos.

Donde quiera que los hombres se reúnen para buscar la verdad, encuentran el auxilio de Dios. Todos somos religiosos, levantemos nuestra alma al Creador. Como hombres, pidámosle el bien de la humanidad, la verdad para su inteligencia, el amor para su corazón; como hijos de una misma raza, pidámos que la eterna artista de la Historia, la eterna musa de la civilización y del progreso, nuestra gran raza latina, se salve en esta crisis suprema de su vida; como españoles, como hijos de esta nación querida, tan grande y tan heroica, pidamos que se unan bajo un pabellón, bajo una idea todos sus pueblos; tendamos nuestros brazos al través de los

mares á nuestros hermanos de América para formar la gran confederación ibérica; grabemos la idea cristiana, la idea de la civilización en los desiertos de Africa, que al sudor de nuestras frentes y al suspiro de nuestros pechos se tornarán fecundos, y así seremos dignos de llevar el nombre inmortal de nuestros padres, y levantaremos nuestra España á ser una de las primeras naciones de la tierra.

(Del discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid el día 5 de Mayo de 1859, sobre «El socialismo.»)



VIII

EL espíritu de las naciones, como el espíritu de los individuos, tiene sed insaciable de verdad, de justicia; y cuando no hay medios de apagar esa sed, el espíritu, como el árbol, como la flor, necesita del rocío, desfallece y muere. Por consiguiente, cuando vemos nuestra nación agonizar, cuando la vemos abatida, no culpemos, no, á su espíritu; culpémosnos á nosotros mismos, hijos del siglo XIX, que en la esfera de nuestra vida nada hemos hecho por infundirle aliento con el soplo de una gran idea, y no creamos que nuestra patria está perdida sin remedio. No es dable encontrar un pueblo más idóneo para levantarse del abatimiento á la gloria. Cuando el pueblo español se encuentra perdido; cuando se cierran

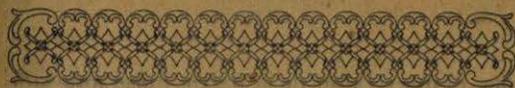
todos los horizontes; cuando la noche se espesa y parece eterna; cuando todos le abandonan, y no queda más que su propio esfuerzo y el numen inagotable de su divino pensamiento; entonces, como si una nueva vida le poseyera, como si se multiplicara su espíritu, se levanta, recoge del polvo las rotas ramas, pelea y escribe las páginas más épicas de su brillante historia. Dígalo si no aquella tremenda catástrofe de Guadalete, en que perdió el suelo patrio, y entregado á la hambrienta voracidad de los bárbaros, bastó para salvarnos un rayo de esperanza; dígalo el siglo XIII, que vió, después de la época más triste que registran nuestros anales, alzarse transfigurado este pueblo, y salvar al mundo con la gigantesca hazaña de las Navas; dígalo el reinado de Isabel la Católica, que de aquellos bandidos que sembraban nuestros campos, hizo los héroes que plantaron el pabellón de la cruz en las moriscas almenas de Granada, y descubrieron una nueva creación oculta en el ignorado desierto de los mares; díganlo, por último, nuestro siglo, y nuestros padres, que tras el oprobioso reinado de Carlos IV, en que pa-

recía extinguido nuestro espíritu, y lo que es peor, nuestra dignidad, se levantaron, recordando sus antiguas glorias, abrieron las entrañas de la tierra para encontrar hierro, troncharon los árboles para cortar chuzos, y con esas armas vencieron las legiones del guerrero más portentoso de la historia, escribiendo con su sangre en el espacio los inmortales é indelebles recuerdos del Dos de Mayo y del sitio de Zaragoza.

.....

América, tan hermosa, tierra donde ha extremado su poder naturaleza, templo que el Creador ha adornado con todas las grandes maravillas para alojar en él una gran idea, América comprenderá lo que debe á la nación española y contribuirá á que los hijos de una misma hermosa madre, los llamados en uno y otro continente á un mismo destino, unan sus inteligencias y sus corazones para concurrir así al cumplimiento del plan de la Providencia, á la civilización de la especie humana.

(De un artículo titulado «La unión de España y América», escrito en el año 1859.)



IX

LA patria es de todos, es la tierra donde duermen nuestros progenitores, y el hogar que albergará mañana á nuestros hijos: Tierra á que está unida la raíz de nuestra existencia. La España es una. Todas las provincias han trabajado igualmente por su civilización. Castilla nos dió el núcleo de la nacionalidad y los libres municipios. Asturias fué la cuna de nuestra independencia, el refugio sagrado de nuestros padres. Galicia rechazó á costa de grandes esfuerzos aquellos normandos que descendiendo de sus barcas de cuero, talaban todas las costas y destruían todas las ciudades marítimas. Navarra sepultó en sus desfiladeros los francos que venían á torcer el curso de nuestra nacionalidad, logrando con esta hazaña

que el nuevo altar de la patria fuese amasado sólo con sangre de españoles; Aragón nos infundió el sentimiento de su libertad y el amor al patrio suelo, grabado en cada una de las piedras de Zaragoza; Cataluña y las Baleares nos llevaron con sus aventureros y heroicos hijos á Italia y al Oriente de Europa, en aquellas empresas cuyas historias son grandes poemas; Valencia derramó en la antigua España el aliento del espíritu griego; los montañeses vascongados en sus desfiladeros guardaron el fuero sacro de nuestra primitiva vida; el genio de Andalucía bordó con las galas del Oriente nuestras catedrales, y llevó á la gran armonía de nuestra literatura el eco de su guzla, y animó con el rayo de su sol y los arboles de su cielo, los cuadros de nuestros pintores; Extremadura nos dió grandes guerreros, grandes descubridores, grandes poetas, porque no hay aquí raza que no sea fecunda; y Portugal nos precedió en África, nos señaló el camino del Oriente, nos domó el antes indomable Atlántico, y todos realizamos la obra de nuestra civilización, porque no hay más que iberos desde las crestas del Pirineo hasta las

columnas de Hércules; tierra bendita, tierra sagrada, cuya grandeza debe ser el continuo afán de todos los que han tenido la dicha de nacer bajo su espléndido cielo.

(De su obra *Recuerdos y Esperanzas*. Tomo I, página 51, año de 1859.)



X

POR eso, cuando un gran pueblo está llamado á grandes y maravillosos destinos; cuando le queda que cumplir alguna parte del ideal de la humanidad, aunque le cerquen todos los dolores, aunque se conjuren contra su existencia todas las tempestades del mundo, aunque pretendan aniquilarlo todos los pueblos, se queda en pie, guardando solícito el fuego inextinguible de su idea para iluminar á los mismos que le persiguen y lo atormentan. La idea de un pueblo es su vida, vida más real, más positiva, más grande que todos los tesoros y todos los dominios del mundo; porque la idea tiene más fuerza que las espadas, como que es el alma del alma. Y esta consideración nos lleva como de la mano á explicar por qué nuestra

patria, la esforzada nación española, todavía está sobre su pedestal con su lanza en la mano y su corona en la frente. La nación española ha sufrido muchos dolores; ha pasado por grandes y dolorosas angustias; ha sentido el inmenso peso de larga servidumbre, que hubiera agotado la vida de otro pueblo menos grande; ha luchado al principiar el siglo por su independencia y durante todo el siglo por su libertad; y á pesar de haber corrido este largo calvario, donde ningún día le ha faltado un nuevo dolor, una nueva angustia, no se ha rendido al peso de sus graves infortunios, porque la ley que preside á la historia la conserva para civilizar sus continentes, para llevar la libertad y la salud al espíritu de razas encorvadas bajo el fatalismo, esa estúpida negación del hombre, para grabar la idea de justicia, de humanidad, de derecho en el fondo de África y desbastar así un mundo sumido en la degradación, á fin de que se extienda el espíritu de nuestro siglo por más extensos y dilatados horizontes.

Al recordar que este es el gran destino de nuestra patria, el corazón se ensancha de or-

gullo y de alegría. ¿Quién no ama á la patria? ¿Quién no siente derramarse por el corazón un fuego sagrado cuando se trata de la honra de la nación en que ha nacido? La patria nos recuerda nuestra inocencia, nuestra cuna, las primeras dulces palabras que balbucearon los labios, las primeras oraciones que desde el seno purísimo del alma se perdieron en el cielo, el primer amor que agitó nuestro corazón; la patria nos ha dado de su misma tierra los átomos que componen nuestro cuerpo, de su mismo jugo la sangre que corre por nuestras venas, de su sol el calor de nuestra vida; la patria nos une con los tiempos que ya no son, porque guarda amorosa las cenizas de nuestros padres y los recuerdos de nuestra historia; la patria cobija todos los seres que amamos, y guarda todos los que lloramos; y unida á todos nuestros recuerdos, identificada con nuestro mismo espíritu, siendo parte de nuestra misma vida, se aparece siempre, en todas ocasiones, á nuestros ojos como dulce y cariñosa madre.

Por eso todos los pueblos, en los supremos trances de su historia, cuando la patria ha peligrado, han tenido héroes que la salvaron,

mártires que murieron en su defensa. Compuesto el hombre de espíritu y naturaleza, como que es la síntesis suprema de la creación, no puede nunca dejar de sentir que la tierra en que ha nacido es parte de su mismo ser, de su propia substancia. Y las glorias de la patria y su esplendor y su grandeza, dan al pensamiento ese libre vuelo, ese ardor, esa grandeza que no puede nacer del seno de una patria envilecida.

(De la misma obra *Recuerdos y Esperanzas*, año de 1859, con motivo de la guerra de África.)



XI

LA familia es el complemento de la personalidad humana, de la vida individual: el padre, la mujer y el hijo forman, á pesar de ser tres personas, misteriosa unidad por el amor que los confunde y los anima. Pero el hombre no vive sólo en su familia; la lengua que habla, el carácter que le distingue, la religión que profesa, la ley social bajo que vive, ese amor eterno al suelo que ha nacido, á esa patria, donde le parece que ha de ser más dulce y tranquilo el sueño de la muerte; la historia misma, que le comunica perpetuamente con los que ya no son, los recuerdos de la familia; todas esas ideas, todos esos sentimientos que son grandes leyes, sí, leyes incontrastables de

su vida, engendran en su individuo otro individuo superior que se llama patria, espíritu nacional.

(De sus conferencias sobre *La Civilización de los cinco primeros siglos del Cristianismo*. Tomo I, pág. 14. 1858-1862.)



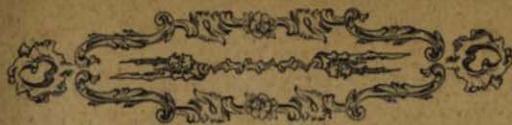
XII

SIN la idea de personalidad se perdería la idea de la libertad, y con la idea de libertad, la ley sublime de la variedad en la vida. Y así como el sincretismo religioso mataba la personalidad, el sincretismo político mataba la nacionalidad, mataba la patria. ¿Y concebís la vida sin la patria? Por eso, señores, en el período del siglo tercero, que la historia augusta cuenta, y se llama período de los treinta tiranos, en ese período veo un despertamiento de la idea de la patria en el esfuerzo triste, desesperado, que para tener un César propio hacen las naciones. No era posible que Roma viviese mucho tiempo fundándose su vida en el aniquilamiento de la patria. ¿Quién no siente el amor á la patria en el corazón? La patria,

tierra sagrada de cuya savia es la sangre de nuestro cuerpo; hogar del espíritu que guarda nuestras primeras ilusiones, nuestros primeros amores; templo donde se ha perdido la primera oración que ha exhalado el alma y donde deseamos que se pierda el postrer suspiro que se escape de nuestro pecho; la patria, cuya historia es nuestra misma historia, cuya honra es nuestra misma honra, cuyos dolores son nuestros dolores, cuyas esperanzas son nuestras esperanzas, porque en su seno guarda las cenizas de nuestros padres, las reliquias de todo lo que hemos respetado y querido; porque está amasada con la sangre de nuestros progenitores, y porque sobre su sagrado suelo ha caído la santa lágrima de dolor que costó á nuestras madres nuestra vida; la patria se levantará siempre á reclamar nuestra existencia; que entre la tierra de que somos hijos y el espíritu, ha puesto Dios armonías eternas, y por eso serán siempre en la memoria de la humanidad santas las guerras intentadas por los pueblos para recabar el suelo patrio, y por eso bajaremos eternamente la cabeza todas las generaciones ante la sencilla ins-

cripción de las Termópilas, donde se cuenta el sacrificio de los trescientos espartanos; y besaremos con respeto el polvo de Zaragoza y de Gerona; y saludaremos como el héroe de nuestro siglo al poeta, al ángel caído, que llevando la duda enroscada al pecho, muere después de haber peleado por la independencia de Grecia, eterna patria de su espíritu; y mientras maldecimos á los tiranos que han aherrojado á Hungría y se han repartido como chacales los huesos de Polonia, saludemos alborozados á Italia, la eterna mártir de la historia moderna, que se levanta del polvo y llama á todos los esclavos á una santa cruzada; pues los pueblos que derraman su sangre por la patria, son los soldados de la libertad, son los soldados de la civilización, son los soldados de Dios. Y he aquí, señores, como la caída del imperio romano no debe acongojarnos, porque van á salir de sus restos, el primer albor de la libertad y el primer bosquejo de la patria.

(De las conferencias *La Civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*. Tomo IV. 1858-62.)



XIII

NADIE me aventaja, absolutamente nadie, en admirar aquellos tiempos en que un español, San Isidoro, salvaba con su ciencia universal la urna funeraria de la civilización antigua, y más tarde otro español, Alfonso X, levantaba el primer Código con que se honra la Edad Media; aquellos tiempos en que nuestros poetas pulsaban armoniosa lira y nuestro teatro era el primer teatro del mundo; en que á la luz de las últimas pavesas de los siglos pasados escribía un manco inmortal el poema de los siglos futuros; en que nuestros pintores trazaban aquellas Vírgenes de Murillo, idealización de la naturaleza humana iluminada

por la luz de los cielos; aquellos cuadros de Velázquez, copia fiel de la realidad de la vida; en que nuestros teólogos llenaban el Concilio de Trento y nuestros sabios la Universidad de París; en que nuestros navegantes, guiados por la estrella de su genio, subyugaban las olas, doblaban el Cabo de las Tormentas, unían el Asia, el mundo de los recuerdos, á Europa, el mundo de las ideas; en que, á la voz mágica de España, surgía del seno ignorado del Océano un nuevo mundo tan puro y luminoso como la creación en los primeros instantes de su inmaculada vida; en que nuestros soldados, conducidos por su fe, escribían aquel poema cuyas páginas se llamaban Covadonga, Simancas, Clavijo, las Navas, Tarifa, Granada, y convertían en ciudades españolas Nápoles, Palermo, Milán, y sostenían en el Monte Tauro y en el Etna el vacilante imperio de Oriente, y salvaban la Hungría, y entraban vencedores en Atenas, y amenazaban á Inglaterra, y vencían á Francia, y subyugaban los Países Bajos, y apagaban en las aguas de Lepanto la soberbia media luna, y herían con sus espadas el suelo de África, y convertían al cristianismo

la América; aquellos tiempos en que nuestras huestes, como llevadas en alas del huracán, llenaban á un tiempo todos los campos de batalla, y nuestro imperio era más maravilloso que el imperio de Alejandro, y nuestras conquistas más grandes que las conquistas romanas, y el sol se veía condenado á iluminar eternamente nuestros dominios, y donde quiera que el mar se removía siempre encontraba costas españolas; que era estrecha la tierra á nuestra gloria, pequeña para encerrar nuestro inmenso espíritu.

(De sus conferencias *La Civilización de los cinco primeros siglos del Cristianismo*. Tomo IV, pág. 62. 1858-62)